

Introducción

Martin LIENHARD

Universität Zürich - Romanisches Seminar

Del 8 al 12 de mayo de 1995 se desarrolló, en el Monte Verità (Ascona, Suiza), un simposio internacional e interdisciplinario sobre *Culturas marginadas y procesos de modernización en América Latina*, coordinado y organizado por Martín Lienhard (Universidad de Zurich), William Rowe (King's College, Londres) y Juan Rigoli (Universidad de Zurich). A lo largo de cinco días, 27 destacados investigadores de 14 países de América del Norte, América Latina y Europa ofrecieron otras tantas aproximaciones a la problemática propuesta. Además de las metodologías y los enfoques propios de la disciplina representada (historia, sociología, etnología, etnohistoria, etnolingüística, investigación literaria), cada investigador aportó la experiencia de su «terreno» específico de investigación: poblaciones «indígenas», «afro-americanas» o «mestizas», rurales o urbanas, repartidas entre Mesoamérica, el Caribe (continental e insular), los Andes centrales, los *lowlands* tropicales de la América meridional y la costa Norte de Brasil.

En la convocatoria, el punto de partida y los objetivos de este simposio se habían definido del modo siguiente:

Bajo el impacto de las sucesivas oleadas de «modernización», las prácticas culturales de los sectores populares y marginales de Latinoamérica y el Caribe se han venido modificando más o menos radicalmente en las últimas décadas. Contrariamente a una opinión difundida, la autonomía cultural de estos autores, sin embargo, no ha desaparecido del todo. Se asiste, ciertamente, a la extinción paulatina o rápida de ciertas prácticas tradicionales, pero se observa, al mismo tiempo, su adaptación a situaciones y ambientes nuevos: incorporación, por parte de los sectores marginados, de medios y recursos de la cultura escritural y de la de masas; «revitalización» — a menudo sugerida por el movimiento cultural en los países «metropolitanos», de valores antiguos; expansión, más allá de sus territorios «ancestrales» y sus espacios sociales, de prácticas «tradicionales» o «adaptadas». [...]

Este simposio versará sobre el impacto de los procesos de modernización en las prácticas culturales — especialmente en las que implican la voz o la palabra — de los sectores marginados en varias áreas latinoamericanas: México, Andes, Caribe, Salvador da Bahia, «lowlands» tropicales [de la América meridional].

Excepcional en cuanto a su amplitud geográfica y el abanico de las disciplinas científicas representadas, este encuentro constituirá un desafío a la compartimentación por áreas (Indoamérica vs. Afroamérica) y por disciplinas (estudios sociales vs. estudios culturales y literarios) que suele caracterizar los estudios americanistas.

Estamos convencidos de que la reflexión teórica y metodológica sobre la problemática propuesta se enriquecerá de modo significativo a través del diálogo entre ponentes y demás participantes «activos», procedentes de las áreas y las disciplinas más diversas [...].

La idea de este encuentro surgió a raíz de cierta insatisfacción que no dejan de provocar las modalidades de la discusión corriente de este tipo de problemas. Abundan, es cierto, los encuentros y las publicaciones donde se teorizan, globalmente, las nuevas formas que vienen adoptando, en el contexto de los procesos de modernización, las prácticas culturales de los sectores «populares», «subalternos» o «marginales» en América Latina. Ahora, en este tipo de oportunidades, la discusión de las prácticas populares resulta, por lo común, poco más que un mero pretexto para el ejercicio y la difusión de las últimas modas teóricas — enfoques «posmodernos», «poscoloniales», etcétera — que van surgiendo en las Universidades «metropolitanas», especialmente norteamericanas. El papel de los sectores implicados tiende a reducirse al de objetos en una contienda por el «poder del discurso» en el seno de las academias y los mass media.

Por otro lado, no escasean tampoco los encuentros o las publicaciones que enfocan, interdisciplinariamente, las prácticas culturales de alguna colectividad marginada específica — o de alguna categoría particular de colectividad «periférica» (grupos «indígenas», «afro-americanos», etcétera). Necesarios y ampliamente justificados, los debates centrados en un ámbito o una situación socio-cultural específicos suelen adolecer, sin embargo, de una perspectiva demasiado limitada. A menudo, el conocimiento de otras situaciones y de metodologías o enfoques desarrollados en la investigación de otras áreas permitiría la percepción de ciertos rasgos presentes — pero no advertidos — en el «objeto» elegido. Si bien la «cultura» y las situaciones de las diferentes poblaciones marginadas evidencian numerosas especificidades, la índole «global» de los procesos de modernización surge, en los comportamientos y prácticas de aquéllas, numerosos efectos similares o coincidentes. Es ciertamente distinta, por ejemplo, la historia y la inserción socio-cultural respectiva de los conglomerados conformados por los «indios» o los descendientes de africanos en América Latina, pero en la actualidad, sus respuestas a la modernización ofrecen no pocos rasgos convergentes.

Para los organizadores de este simposio se trataba, pues, de intentar otro camino: el de confrontar, atendiendo a diferencias y convergencias, una serie más o menos representativa de situaciones específicas — pero notoriamente distintas — de «enfrentamiento» socio-cultural entre sectores marginados y grupos hegemónicos que impulsan los procesos de modernización. ¿ Fue fecundo este trabajo de confrontación? Sin duda alguna. Aunque la relación entre la observación crítica de una situación concreta y su elaboración teórica resultara muy diversa en las diferentes ponencias del simposio, en todas se hallan, además de nuevos datos de índole socio-cultural, elementos valiosos para una reflexión renovadora sobre las tácticas y las estrategias de los sectores marginados en el contexto de las diversas fases de la modernización. Todo este material espera una evaluación crítica adecuada, tarea colectiva a la cual invitamos, desde ya, a los lectores de este volumen. Por ahora, no quisiera sino desarrollar mínimamente algunos de los puntos que alcanzaron cierto consenso a lo largo de los debates de Monte Verità. Para no recargar estos apuntes, porque de meros apuntes se trata, renunciaré a citar ejemplos concretos para cada una de las sugerencias propuestas. Los lectores no tendrán ninguna dificultad para encontrar el correspondiente material ilustrativo en los trabajos que presenta este volumen.

Marginación

La integración forzada de las sociedades nativas y el empleo masivo de una mano de obra esclava de procedencia africana fueron las bases sobre las cuales se asentó el sistema colonial europeo en América. Bases que implicaban la marginación política, social y cultural de los autóctonos, de los africanos y de sus descendientes respectivos, como también, con el correr de los tiempos, de enormes contingentes populares de ascendencia étnica variable. La política de marginación y discriminación de las mayorías cristalizó en una suerte de matriz en que se gestaron, durante siglos, los macroprocesos culturales del continente ex amerindio. Esta matriz marcadamente colonial no desapareció con la «emancipación» — la toma del poder político por parte de las oligarquías criollas del siglo XIX. Ahora, lejos de ser un destino, la «marginación» socio-cultural no es más que un dato relativo. En las sociedades latinoamericanas «modernas», ningún sector subalterno se puede considerar como absoluta y radicalmente marginado. Los individuos y los grupos «marginados», en efecto, están casi siempre al servicio — y a la merced — de individuos o grupos que pertenecen a sectores más privilegiados. La marginación califica, básicamente, el no acceso a ciertos «lugares», a ciertos derechos o al ejercicio de ciertas prácticas que los portavoces autorizados de una sociedad dada presentan como «al alcance» de todos los ciudadanos: trabajo remunerado, vivienda, alimentación, salud, educación, derechos políticos, culturales, religiosos, etcétera. Cuando se multiplican, para un sector dado, los casos de «no acceso», se puede hablar de su marginación. A menudo, también, la marginación aparece bajo forma de integración

negativa: a un sistema de sobreexplotación, a unas fuerzas armadas al servicio de los intereses hegemónicos, a una educación, una cultura o una religión sentidas como ajenas u opresivas. Como ya se apuntó, la marginación no es un hecho definitivo. Es, más bien, el resultado de procesos largos y complejos. Sin duda, todos los colectivos marginados luchan, de un modo o de otro, contra su marginación, y es corriente que logren su superación en alguno que otro campo específico, aunque sin llegar a liquidarla del todo: de modo más o menos subterráneo, la «matriz colonial» no ha dejado aún de surtir sus efectos.

Cultura e identidad

La concepción de la «Cultura» — o las «Culturas» — en tanto patrimonios-bloques independientes de las prácticas sociales concretas que la constituyen, ha venido permitiendo numerosos malentendidos en la teorización de los llamados «conflictos culturales». Así, se ha hablado, como si se tratara de personas, de «Culturas» que se enfrentan, que se mezclan, que aparecen y desaparecen. En rigor, la «Cultura» como tal no existe. Existen, sí, individuos y grupos que realizan determinadas prácticas culturales. Históricamente, ciertos conjuntos de prácticas se convirtieron en repertorios característicos de este o de aquel otro colectivo humano. Sin advertir que no se trataba sino de repertorios históricos y siempre modificables, se creía a menudo ver en ellos la esencia de la «Cultura» de algún «pueblo». La aceleración de todos los procesos sociales y culturales mostró, creo, la falacia de esta manera de ver. Bajo el impacto de los procesos de modernización, en efecto, los repertorios culturales se fueron modificando, perdieron parte de su vigencia, se abandonaron o se reinventaron. Además, se volvieron, hasta cierto punto, socialmente ubicuos. Hoy en día, la identidad cultural real de un individuo o un grupo social se apoya generalmente en un «haz» de prácticas que proceden de repertorios históricamente distintos. Es probable que las identidades «étnicas» actuales sean el resultado del privilegio ideológico atribuido, a expensas de otras prácticas, a aquéllas — tradicionales o «reinventadas» — que más se compaginan con la imagen que un grupo determinado desea proyectar hacia dentro y hacia fuera.

Significados culturales

Las prácticas culturales se pueden analizar a partir de los paradigmas de la comunicación social. Cada práctica supone, simplificando al extremo, un «emisor», un «destinatario» y un «mensaje». Este mensaje se comunica por medio de determinados «instrumentos»: un canto, una danza, un texto verbal, un objeto material. A menudo, el contenido de un mensaje se ha derivado, algo precipitadamente, de las características — la «forma» — del instrumento que sirve para realizar el acto comunicativo. Ahora, resulta que el análisis de la forma de un mensaje no es suficiente para dar con su contenido

— o significado — efectivo. Frecuentemente, el objeto-significante cambió, a lo largo de diversos procesos de interacción cultural, de significado. Así, como se desprende de varias ponencias, el signifi- cante «santo cristiano» puede verse involucrado en unas prácticas superficialmente «sincréticas» que remiten, de hecho, a contenidos de una religión «autóctona» o «afro-americana». Una práctica cul- tural, en rigor, sólo se puede evaluar correctamente a partir de todos los componentes de la operación comunicativa. Mientras no se vea incorporado a alguna práctica humana, el objeto-mensaje permite (casi) cualquier interpretación: no hay quien pueda, en definitiva, rebatir ninguna de ellas. La interpreta- ción de una práctica tiene que contar con el hombre y sus propósitos concretos. Observada a través del tiempo, una práctica cultural manifestará su sentido profundo, descalificando las interpretaciones hechas exclusivamente en base a su apariencia.

Resistencia

Un gran número de ponencias pusieron de relieve que no se debe atribuir a ninguna colectividad margi- nada una actitud global de resistencia a la moderniza- ción o, al contrario, de sumisión o adaptación gené- rica a ella. Al analizar los diferentes componentes de esas «actitudes globales», se puede observar que las prácticas «de resistencia» y las «de adaptación» coexisten, en proporciones variables según el lugar y el momento, en el seno de un mismo grupo. Un concepto que permite captar mejor la dinámica de la resistencia y la adaptación es el de la «negociación»: aquélla que los sectores marginados mantienen con sus «adversarios» o interlocutores de turno con vistas a mejorar su inserción — o su autonomía — en una formación social dada.

Autonomía

Lo que permite a los sectores marginados actuar como sujetos en su negociación con los grupos hegemónicos es su «autonomía». Esta se basa en el hecho de compartir un hábitat, una actividad económica, un repertorio cultural o una ideología o cosmovisión. En las actuales sociedades complejas, esa autonomía resulta siempre relativa y parcial. A la autonomía cultural o religiosa, por ejemplo, no corresponde necesariamente — no suele corres- ponder — la autonomía a nivel económico o político. En este sentido resulta discutible presentar a ciertos colectivos marginados — «indios» o «afro-ameri- canos» — como «naciones». Tal vez se podría hablar, en algunos casos, de «naciones culturales», pero para hacerlo según criterios científicos, se necesitaría sin duda un esfuerzo de definición previo. Como- quiera que sea, las «situaciones» presentadas en este simposio sugieren que las fronteras que separan un colectivo marginado de otro, marginado o no, se van redefiniendo constantemente.

Oralidad

En muchas ponencias se enfatizó la función que viene conservando o recreando la transmisión oral de los conocimientos en el seno de las colectividades marginadas. En varias de ellas se sugirió, sin embargo, que esa «oralidad» mantiene, desde hace mucho tiempo, relaciones de complementariedad con la escritura. Muchos «textos» aparecen sometidos a un constante ir y venir entre la escritura y la oralidad. Recurso importante de la colonización, la escritura acabó imponiendo su presencia a la propia oralidad tradicional. Así, el narrador de un relato mítico quechua (cf. Valderrama / Escalante en este volumen) se interroga más de una vez: «Todo esto debe estar escrito en los papeles, ¿o no?» Oralizándose, la escritura recoge y mediatiza los discursos proce- dentes de la «oralidad», mientras que ésta selecciona en el universo escritural, transformándolos según sus propios códigos, los elementos que le convienen. En las últimas décadas, además, la «oralidad» estableció todo tipo de vínculos con los modernos medios de comunicación masivos, puntuales o duraderos. Sin duda, el apego a la oralidad por parte de una colecti- vidad marginada indica su voluntad de preservar al máximo su autonomía cultural. Al penetrar en la esfera, dominada por los sectores hegemónicos, de la escritura y los mass media, una colectividad ocupa ciertamente nuevos espacios, pero no puede dejar de pagar, en pérdida de autonomía, el precio de esa «conquista». Por eso mismo, sin duda, la expresión de las verdades fundamentales — los «secretos» — de un grupo socio-cultural marginado suele quedar reservada a la esfera oral.

La oposición-complementariedad entre oralidad y escritura se acompaña, especialmente en las áreas indígenas, de una relación más o menos análoga entre el idioma amerindio y el — oficial — de origen europeo. Concepto socio-lingüístico, la diglosia permite enfocar las situaciones de bilingüismo carac- terizadas por un uso alternativo, determinado por las circunstancias y los protagonistas del acto comuni- cativo, de los dos idiomas en presencia. La lengua amerindia es la de la comunicación interna a la colec- tividad, mientras que la europea, en un principio, recu- pera sus derechos en la comunicación oficial. En este contexto, sin embargo, se observa que la moderni- zación — paradójicamente — favorece la conquista de la página escrita por parte de las lenguas amerindias.

Esta no es, ni mucho menos, la única paradoja que provocan los procesos de modernización en las prácti- cas culturales de los sectores marginados. Los debates del simposio mostraron, más bien, que la aparición de actitudes paradójicas es una consecuencia normal de unos procesos de por sí muy contradictorios. Al acorra- lar a unas colectividades tal vez bien «aculturadas», la «modernización» suscita respuestas a menudo impre- visibles, cuya tendencia general apunta a la reafirmación de una identidad que podía parecer medio diluida. En este sentido, el simposio de Ascona contribuyó sin duda a liquidar definitivamente las concepciones trasnochadas de los «aculturadores» y los «desarrollistas». Pese a toda la violencia modernizante, los caminos y veredas por donde transitarán, culturalmente, los sectores mar- ginados, quedan ampliamente abiertos.

1000